

EL MERCURIO.

VALPARAISO, SETIEMBRE 21 DE 1865.

¡Cuestion hispano-chilena.

Cuando se dijo que una escuadra española vendria al Pacifico, esta noticia fué acompañada del anuncio de que su objeto era ejecutar actos de fraternidad con las repúblicas de Sud América, y hacer una exploracion de la costa occidental de este continente, al mismo tiempo que la comision científica, que traeria a bordo, se ocuparia en estudios jeolójicos, zoolójicos, botánicos y mineros, que, unidos a los hidrográficos de los marineros, proporcionasen a la España conocimientos útiles para promover con acierto el adelanto de su comercio y de las empresas mineras y agrícolas que sus nacionales quisiesen acometer en estos paises.

La escuadra española era aguardada por estos pueblos, no con la ansiedad recelosa que inspira un enemigo que nos anuncia una visita, sino con el placer que se siente cuando se espera que ha de presentarse a nuestras puertas un huésped que viene a estrechar los vínculos de amistad que nos ligan con él. Tanta era la confianza que la lealtad ponderada de la nacion española nos inspiraba, que cuando alguno se atrevia a hacer alguna insinuacion que la pusiese en duda, su suspicacia era puesta en ridículo; y de tal manera se habia estendido la creencia de que su gobierno era bastante ilustrado para comprender las ventajas de reforzar las simpatias que los vínculos de sangre, de lengua, de relijion, de costumbres tienden a fomentar entre los españoles de ambos hemisferios, que ni por un momento se puso en duda el propósito amistoso que traia la expedicion naval.

Aun los sucesos que recientemente habian tenido lugar en Santo Domingo, que manifestaban veleidades de reconquista, no fueron bastantes a disminuir la confianza que se tenia de que nuestros huéspedes venian con el propósito anunciado y no con otro diferente; pues, aunque recordábamos que, en el siglo XVI, Cortes en Méjico y Pizarro en el Perú, se presentaron como amigos de los príncipes que gobernaban aquellos imperios, y pérfidamente se apoderaron de ellos y de sus dominios, sabemos que en este siglo ya no dirige a los gobiernos esa política que Fernando el Católico, Carlos V y los soberanos de su tiempo profesaban y ponían en práctica, y de que fueron instrumentos e intérpretes en América aquellos audaces soldados. Desde que Washington dijo que la probidad era la mejor política, esta máxima tan conforme con la razon, con la relijion, la moral y el honor, ha venido a ser el principio que dirige las operaciones de los gobiernos ilustrados, sobre todo de los gobiernos representativos; porque ella es el credo político de los pueblos libres, y estos lo imponen a los gobernantes que los representan. Un pueblo rejido por un gobierno representativo, no pone por consiguiente en duda que el gobierno representativo de otro pueblo civilizado habrá de observar con él una conducta

conforme con esa máxima, y no una doble, desleal y pérfida en sus relaciones.

Así es que, en Chile y en toda la América latina, se aguardaba a los españoles como a hermanos, a quienes se desea dar el ósculo fraternal, y con quienes es grato renovar relaciones que pasados disgustos habian interrumpido.

Llegó la escuadra a Valparaiso, y su llegada fué para sus habitantes un día de plácemes y regocijo. Cada cual se disputaba la primacia en festejar a los españoles y obsequiarlos, y fueron el objeto de espléndidas manifestaciones de simpatia por parte de todos, sin que fuesen parte para resfriarlas los recuerdos de la cruda guerra que en otra época sostuvimos contra ellos; porque las crueldades que la acompañaron se atribuian, como debian atribuirse, al ominoso déspota que, al mismo tiempo que dió en tierra con las libertades que la Constitucion del año 12 fundó en la Península española, empleó, en la empresa de rescatar a los negros, el mismo ejército que traidoramente habia restablecido en su patria el absolutismo. A la nacion española ninguno de los males que habiamos sufrido le imputaban; y, ahora que la nacion tiene otras instituciones que la dan facilidad para expresar su voluntad por medio de su gobierno, nos complaciamos en creer que los agentes de ese gobierno, consecuentes con las benévolas disposiciones del pueblo en cuyo nombre obraban, vendrian dispuestos a corresponder la afectuosa benevolencia con que los recibieramos.

En el Perú, en donde quiera que tocaron los españoles en la costa occidental de América, fueron recibidos con las mismas muestras de afecto y contento, no obstante que el jefe de la escuadra no perdió ocasion de lastimar nuestro orgullo nacional con sarcasmos, y muchas veces con ofensas claras y directas; porque no se hizo caso de ellas, atribuyéndolas solamente a desahogos inconsiderados de un individuo aislado. No habrá quien no recuerde lo que el almirante decia de nosotros, cuando se hicieron manifestaciones de simpatia en favor de la independencia de Méjico, y en varias ocasiones en que llegó a hablar sobre nuestra política y nuestras costumbres.

Nada fué parte a resfriar el afecto de que a él y a sus compañeros se les habian dado pruebas relevantes, hasta que el jefe de la escuadra, que se decia enviado a fraternizar con nosotros y a conducir una comision científica que estudiase estos paises, se convirtió en agresor, apoderándose sin ceremonia de las islas de Chincha y declarando que entre España y el Perú no habia habido sino una tregua de cuarenta años, y que reivindicaba una parte del territorio que de derecho le pertenecia.

Las palabras tregua y reivindicacion, acompañadas de los absurdos comentarios y las rabiosas diatribas de Mazarredo, resonaron en toda la América latina como una ruidosa desmentida de las intenciones amistosas que traian los miembros de la expedicion naval; y los pueblos

todos del continente, en lugar de consi-
derarlos como fieles y benévolo amigos,
no vió en ellos sino desleales y pérfidos
enemigos.

La causa de nuestra independencia es
solidaria para todos los pueblos de Amé-
rica; y el insólito e inesperado ataque que
los Sres. Mazarredo y Pinzon hicieron
contra la del Perú, no podía pasar desapa-
recido entre nosotros, que con nuestra
sangre, mezclada con la de los colombia-
nos y argentinos, la habíamos conquistado
en los campos de batalla. El pueblo de
Chile se resintió del agravio que en parte
tan sensible se había hecho a nuestros
hermanos, y consideró también su inde-
pendencia amenazada y su dignidad in-
sultada, y natural era que espresase con
calor el horror que le inspiraba la desleal
conducta de los huéspedes a quienes con
tantos agasajos y muestras inequívocas
de amistad y benevolencia había reci-
bido.

Al mismo tiempo que el jefe de la es-
pedición naval y el comisario Mazarredo
nos daban muestras del modo singular
como venían a fraternizar con los ameri-
canos, los miembros de la comisión cien-
tífica, en vez de enviar a los diarios espa-
ñoles escritos sobre las materias que ha-
bían venido a estudiar, les dirigían artí-
culos en que se nos villipendiaba y escar-
neaba, y se tomaba empeño en ponernos
en ridículo.

Todo esto tenía necesariamente que
poner los ánimos en un estado de exalta-
ción anticipada contra los españoles, que,
en pueblos libres, en donde los ciudada-
nos tienen el derecho de reunión y espres-
sar sus sentimientos de palabra y por me-
dio de la prensa, debía traducirse en ma-
nifestaciones de desaprobación mas o
menos ruidosas, en algunas de las cuales
los ciudadanos habían de exajerar la
aversion que les inspiraban los que de
tal dobles, deslealtad y perfidia se habían
hecho culpables. Tenemos sangre en las
venas, comprendemos el alcance de un
acto de perfidia, y tenemos bastante pro-
visión para alcanzar a ver sus consecuen-
cias; y no podíamos permanecer muchos
espectadores de lo que pasaba, sin estig-
matizar, como la prensa estigmatizó, el
acto escandaloso cometido por los señores
Mazarredo y Pinzon, y la villana con-
ducta de los que, despues de haber sido
tan amistosamente acogidos entre noso-
tros, y tan obsequiosamente tratados, se
ocupaban en enviar a los diarios de su
pais artículos denigrativos de nuestro
carácter nacional, injuriosos para nuestro
honor y depresivos de nuestra dignidad.

El gobierno y la nacion española fue-
ron indudablemente mal servidos por sus
ajentes, que interpretaron mal el objeto
de su encargo; así lo persuade la desa-
probación que mereció su conducta y el
haber sido separados de sus puestos. Pero
esos ajentes obraban en nombre de su
gobierno y su nacion; y, aunque no fal-
taba entre nosotros quien sostuviese que
esa conducta era el hecho aislado de
dos atolondrados, que la nacion y el
gobierno español condenarian, era im-
posible que la jeneralidad de los ame-
ricanos dejase de verlo como una amena-
za a nuestra independencia y un ultraje
a nuestra dignidad, y que espresasen el
sentimiento de indignación que les cau-
saba.

Si al espresar ese sentimiento se ofen-
dió de palabra, en las reuniones públicas,
y por escrito, en los diarios, al gobierno
y la nacion española, calificando de la

y la nacion española, calificando de la
manera que merecia el hecho de sus
ajentes, la culpa fué de estos, y no nues-
tra. Ellos son, no nosotros, los que han
causado el trastorno de los sentimientos
que, antes del atentado de Chincha y de
las quijotesca y estrafalarias declarato-
rias del comisario real, reinaban en estos
paises respect. de la España. Y siendo
los ajentes del gobierno español los que
han causado ese trastorno de sentimien-
tos, que ha traído por consecuencia la
perturbación de nuestras relaciones con
su pais; y habiendo ese gobierno des-
aprobado la conducta de ellos y separá-
dolos de sus puestos, no puede concebirse
que hoy venga a pedir satisfacciones por
actos que han sido provocados por los
que obraban en su nombre y que eran
natural e indispensable consecuencia de
su conducta.

No puede concebirse cómo un gobier-
no puede condenar la conducta de ajen-
tes suyos, que con sus hechos han ofen-
dido la dignidad e independencia de es-
tos pueblos, y venga despues a pedir
satisfacciones por lo que en estos paises
se haya ejecutado para condenar esos
mismos hechos, y ponerse a cubierto de
las consecuencias que ellos extrañaban.
Así es que no debemos temer que los
que han reemplazado a los Sres. Pinzon
y Mazarredo vengan a exigir reparacio-
nes de agravios, porque no hai agravios
en hacer lo que se ha hecho para poner-
nos a cubierto de las consecuencias de los
actos del comisario real y del jefe de la
escuadra. Pedir reparaciones por esto, so-
ria apropiarse el hecho que el mismo go-
bierno español ha improbadó.

Estas reflexiones nos hemos hecho
muchas veces meditando sobre los acon-
tecimientos que preocupan los ánimos
de todos, y, aunque vemos que hoy pre-
sida el gabinete el mismo duque de Te-
tuan que lanzó a la España en la guerra
de Marruecos y en la malhadada ocupa-
cion de Santo Domingo, sabemos que la
política de aventuras esteriore, que tan
popular ha sido en España durante cin-
co o seis años, no obtiene en la opinion
actualmente el mismo favor. Todos los
españoles sensatos están hoy convencidos
de que esa política no ha traído a Espa-
ña otros resultados que gravísimos em-
barazos fiscales, perjuicios para su co-
mercio, y la resurreccion de los odios que
la accion del tiempo habia estinguído
completamente en estos paises. Somos
descendientes de españoles, y, como ta-
les, tenemos necesariamente las cualida-
des y defectos de nuestra raza, modifica-
dos algun tanto por la accion de institua-
ciones libres, que datan de mas antigua
fecha entre nosotros que en España. So-
mos, por consiguiente, tan celosos como
ellos de nuestro honor y nuestra inde-
pendencia, y antes pereceremos que ha-
cer nada que mengue aquel o menoscabe
esta.

CRONICA LOCAL.

Repartición de premios.—A las doce
y media del sábado 16 se hallaba el Teatro
de la Victoria ocupado casi completamente
por los alumnos de ambos sexos de las escue-
las públicas. La platea, levantada al nivel del